

ROBERT A. HEINLEIN
EL NUMERO DE LA BESTIA

SUPER
FICTION



El famoso «número de la Bestia», el 666, no significa seiscientos sesenta y seis, sino seis elevado a la sexta potencia y vuelto a elevar a la sexta potencia, y refleja el número de universos posibles. Este es el tema de la nueva e importante novela de Robert A. Heinlein, el autor de ciencia-ficción más galardonado de todos los tiempos, que ha obtenido hasta ahora cuatro premios Hugo.

A Walter y Marion Minton

PRIMERA PARTE

La mariposa del mandarín

1

«... mejor es casarse que abrasarse»

ZEB:

—Él es un Científico Loco y yo soy su Hermosa Hija.

Eso es lo que ella dijo: el viejo cliché de los antiguos pulps. Pero no era lo bastante vieja como para recordar los *pulps*.

Lo único que se puede hacer con una observación estúpida es fingir no haberla oído. Seguí bailando el vals mientras echaba otra mirada a su vestido de noche. Una vista encantadora. Nada de relleno de espuma.

Bailaba bien el vals. Hoy día la mayoría de las chicas se agarran a tu cuello y esperan que tú las llesves por la pista de baile. Ella mantenía su peso sobre sus propios pies, bailaba cerca de ti sin arrimarse, y sabía lo que tú ibas a hacer una fracción de segundo antes de que lo hicieras. Una pareja perfecta... mientras no hablara.

—¿Y bien? —insistió.

Mi abuelo paterno —un viejo reaccionario desabrido; las LibFem lo hubieran linchado— acostumbraba a decir: Zebadiah, el error que cometimos no fue ponerlas en el lugar que les correspondía o enseñarles a leer... ¡Nunca hubiéramos debido enseñarles a hablar! Marqué una vuelta por sorpresa; ella flotó siguiéndome y regresó a mis brazos en el compás preciso. Inspeccioné sus manos y las comisuras exteriores de sus ojos. Sí, realmente era joven... mínimo dieciocho (Hilda jamás permitía «niños» —según lo ordena-

do por la ley— en sus fiestas), máximo veinticinco, primera aproximación veintidós. Sin embargo, bailaba como la generación de su abuela.

—¿Y bien? —repitió con más firmeza. Esta vez la miré abiertamente.

—¿Es natural toda esa obra? ¿O hay ahí algún sujetador invisible, y de hecho usted tan sólo sirve de soporte a dos subordinados?

Ella miró hacia abajo, luego volvió a levantar la vista y sonrió.

—Se sostienen erguidos, ¿eh? Su comentario es tosco, grosero, torpe y encaminado a cambiar de tema.

—¿Qué tema? He hecho una pregunta educada: es usted quien ha eludido la respuesta con una proposición carente de sentido.

—¡Un rábano! He respondido con toda precisión.

—Carente de sentido —repetí—. Los símbolos operativos eran «loco», «científico», «hermosa» e «hija». El primero tiene varios significados..., los otros denotan opiniones. Contenido semántico: cero.

Pareció más pensativa que furiosa.

—Pa no es de los rabiosos... aunque utilizo «loco» de una forma ambivalente.

«Científico» y «hermosa» contienen cada uno opiniones descriptivas, estipulo. ¿Pero duda usted acerca de mi sexo? Si es así, ¿está usted cualificado para comprobar mi veintitrés par de cromosomas? Siendo la cirugía transexual tan frecuente, presumo que ninguna otra comprobación lo satisfará.

—Preferiría un test de campo.

—¿En la pista de baile?

—No, en los arbustos que hay detrás de la piscina. Sí, estoy cualificado... para tests de laboratorio o de campo. Pero no era su sexo lo que se hallaba en la zona de discusión; ése es un hecho que puede ser establecido..., aunque en líneas generales la evidencia es convincente. Yo...

—¡Noventa y cinco centímetros es por supuesto una evidencia convincente! Sin tener en cuenta mi altura. Uno setenta descalza, uno ochenta con estos tacones. Además, tengo talle de avispa..., cuarenta y ocho centímetros contra cincuenta y nueve kilos.

—Y sus dientes son suyos auténticos, y no tiene usted caspa. Tómese lo con calma, Dedé; no pretendía alterar su sangre fría. —Y aquel par de glándulas gemelas no eran convincentes sino deliciosas. Siempre he sentido una inclinación infantil, lo he sabido desde que tenía seis..., seis meses quiero decir—. Pero el símbolo «hija» contiene dos afirmaciones: una factual, sexo, y la otra una cuestión de opinión incluso cuando es efectuada por un genetohematólogo famoso.

—Dios, vaya palabrejas que sabe, *mister*. Quiero decir «doctor».

—Mister es correcto. En este campus resulta evidente suponer que todo el mundo posee un doctorado. Incluso yo poseo uno. Doctor en filosofía. ¿Sabe lo que significa?

—¿No significa lo mismo para todo el mundo? Yo también poseo un doctorado en filosofía.

Elevé el máximo hasta veintiséis y lo asigné como segunda aproximación.

—*Touché*.

—Mister doctor, está intentando usted irritarme. No va a funcionar. Tengo un montón de títulos, incluso uno de educación física, con credenciales de profesora para el caso de que necesitara un trabajo. Pero mi especialización más importante ha sido siempre las matemáticas... que continué en la escuela universitaria.

—Y aquí debo suponer que «Dedé» significa «doctora en Divinidad».

—Vaya a lavarse la boca con jabón. Mi apodo deriva de mis iniciales. De Té. Me llaman Deety. Doctora D. T. Burroughs es un poco más formal, pero de todos modos no puedo ser «mister» y dejar de ser «miss». La naturaleza me lo

impone desde todos lados. Mire, mister; se supone que debo seducirlo con mi radiante belleza, luego atraparlo con mi encanto femenino..., y no dejarlo marchar. Déjeme intentar otro plan de acción. Cuénteme a qué se ha dedicado hasta ahora.

—Déjeme pensar. ¿A la pesca con mosca? ¿O a la labor de cestería? Era una de esas cosas transdisciplinarias en las cuales el comité examinador simplemente valora la disertación. Le diré algo. Debo tener una copia por algún sitio. La encontraré y veré qué título le puso el investigador que me la escribió.

—No importa. El título es «Algunas implicaciones de un continuo exadimensional newtoniano». Pa desea discutirlo. Déjeme de bailar.

—¿Eh? Será mejor que discuta ese ensayo con el tipo que lo escribió.

—Tonterías; le he visto parpadear..., le tengo cogido. Pa desea discutirlo, y luego ofrecerle un trabajo.

—¿Un trabajo? Precisamente acabo de romper amarras.

—¡Oh, querido! Pa se volverá realmente loco. ¿Por favor? ¡Por favor, señor!

—Dijo que había utilizado «loco» de forma ambivalente. ¿Cómo?

—Oh. Loco de rabia porque sus colegas no quieren escucharle. Loco psicótico según la opinión de algunos de esos colegas. Dicen que sus trabajos no tienen sentido.

—¿Tienen sentido?

—No soy tan buena como matemática, señor. Mi trabajo consiste normalmente en simplificar el software. Un trabajo de niños comparado con los espacios n-dimensionales. No fui requerido a expresar ninguna opinión; el trío inició el Tango Azul. Deety se derritió en mis brazos. Uno no habla si conoce el tango.

Deety lo conocía. Tras una eternidad de arrobamiento sensual, rematé el último paso y la dejé en posición exacta-

mente con el último acorde; ella respondió a mi paso atrás e inclinación de cabeza con una profunda reverencia.

—Gracias, señor.

—¡Huau! Tras un tango como ese la pareja debería casarse.

—De acuerdo. Buscaré a nuestra anfitriona y se lo diré a Pa. ¿Cinco minutos? ¿En la puerta delantera o en la lateral?

Parecía serenamente feliz. Dije:

—Deety, ¿quiere decir lo que parece que está queriendo decir? ¿Que pretende casarse conmigo? ¿Con un completo desconocido?

Su rostro siguió tranquilo, pero la luz se apagó..., y sus pezones se achicaron.

Respondió firmemente:

—Tras ese tango ya no somos desconocidos. Interpreté su afirmación como una proposición, o, mejor, como un deseo de casarse conmigo. ¿Me equivoqué? Mi mente repiqueteó emergencia, revisando los últimos años en la forma en que se supone los ve pasar ante sus ojos un hombre que se está ahogando (¿cómo puede alguien saber eso?): una tarde lluviosa en la cual mi hermana mayor, que compartía el cuarto conmigo, me inició en los misterios; el curioso efecto que me había causado la primera vez que había ido con desconocidas; un contrato de cohabitación de doce meses que había empezado con un bang y había terminado sin un gemido; incontables acontecimientos que me habían decidido a no casarme nunca.

Respondí instantáneamente:

—Quise decir lo que quise decir..., matrimonio, en su más viejo sentido. Lo deseo. Pero ¿lo deseas tú? No soy ningún premio.

Inspiró profundamente, haciendo que la tela de su vestido se tensara, y —¡gracias a Alá!— sus pezones se irguieron de nuevo.

—Señor, eres el premio al que estaba apostando, y cuando dijiste que realmente deberíamos casarnos, una hi-

pérbole, lo sé, ¡me di cuenta de pronto, con un profundo estallido de felicidad, que esta era la forma de conseguirme que deseaba por encima de todas! Pero no te atraparé a través de la errónea interpretación de una galantería. Si lo deseas, puedes llevarme a esos arbustos detrás de la piscina..., y no casarte conmigo. Pero para eso... Prostituirme... Mis honorarios son que hables con mi padre y dejes que él te muestre algo.

—¡Deety, eres una idiota! Arruinarás este precioso vestido.

—Arrugar un vestido es algo improcedente, pero puedo quitármelo. Lo haré. No hay nada debajo.

—¡Hay mucho debajo!

Esbozó una sonrisa, la borró instantáneamente.

—Gracias. ¿Vamos a los arbustos?

—¡Espera un poco! Voy a ser noble, y lo lamentaré el resto de mi vida. Has cometido un error. Tu padre no desea hablar conmigo; no sé nada acerca de geometría n-dimensional.(¿Porqué sufro esos ataques de honestidad? Nunca he hecho nada para merecerlo).

—Pa piensa que sí; eso es suficiente. ¿Vamos? Quiero sacar a Pa fuera de aquí antes de que le dé a alguien un puñetazo en la boca.

—No me apresures; no te he pedido que retrocedamos en la hierba; he dicho que deseaba casarme contigo..., pero que deseaba saber porqué tú deseabas casarte conmigo. Tu respuesta se refería a lo que desea tu padre. No estoy intentando casarme con tu padre; no es mi tipo. Habla por ti misma, Deety. ¿O lo dejamos correr?(¿Soy un masoquista? Hay tumbonas para tomar el sol al otro lado de esos arbustos). Me miró solemnemente, desde mi ajustado *smoking* hasta mi torcida pajarita, y luego hacia arriba hasta mi fino cabello cortado a cepillo... Un metro y noventa y cuatro centímetros de fornido y feo patán.

—Me gusta tu firme aplomo al bailar. Me gusta tu forma de mirar. Me gusta cómo retumba tu voz. Me gustan tus

quisquillosos juegos con las palabras... Suenas como Whorf debatiendo con Korzybski, con Shannon como árbitro. — Inspiró de nuevo profundamente, y terminó casi con melancolía—: Pero, sobre todo, me gusta cómo hueles. En aquellos momentos se necesitaba un buen olfato para poder olerme. Me había dado una buena ducha hacía noventa minutos, y se necesita más que un vals y un tango para hacerme sudar. Pero su observación tenía esa elusiva cualidad que Deety pone en casi todas las cosas. La mayoría de las chicas, cuando desean arruinar la opinión de un hombre, palpan sus bíceps y dicen: «¡Dios mío, qué fuerte eres!». Le sonreí.

—Tú también hueles bien. Tu perfume podría despertar a un cadáver.

—No llevo ningún perfume.

—Oh. Corrección: tus feromonas naturales. Encantadoras. Liémonos la manta a la cabeza. La puerta lateral. Cinco minutos.

—Sí, señor.

—Dile a tu padre que vamos a casarnos. Obtendrá esa conversación, gratis. Lo decidí antes de que empezases a discutir. No le tomará mucho tiempo llegar a la conclusión de que yo no soy Lobachevski.

—Eso es problema de Pa —respondió ella, conmovida—. ¿Dejarás que te muestre esa cosa que ha construido en nuestro sótano?

—Claro, ¿por qué no? ¿Qué es?

—Una máquina del tiempo.

2

«Este universo jamás tuvo sentido»

ZEB:

Mañana veré siete águilas, aparecerá un gran cometa, y hablarán voces de los torbellinos del viento anunciando monstruosas y terribles cosas... Este universo jamás tuvo sentido; sospecho que fue edificado bajo contrato del gobierno.

—¿Un gran sótano?

—Mediano. Nueve por doce. Pero atestado. Bancos de trabajo y herramientas eléctricas.

Ciento ocho metros cuadrados... El techo probablemente a dos metros y medio de altura. ¿Habría cometido Pa el error del hombre que construyó un barco en su sótano?

Mis meditaciones fueron interrumpidas por una voz masculina gritando alto:

—¡Usted, superdocto, instruido, pedante zopenco! ¡Su intuición matemática se congeló hasta solidificarse el día que se matriculó!

No reconocí al que gritaba, pero sí al estirado personaje al que se dirigía: profesor Neil O'Heret Brain, jefe del departamento de matemáticas... Y Dios ayude al estudiante que mandara una nota al «profesor N. O. Brain» o incluso a «N. O'H Brain». «Sesudo», como le llamaban, había pasado su vida en busca de La Verdad..., con la intención de ponerla bajo arresto domiciliario.

Estaba hinchado como un palomo, con su pontifical pomposidad profesional torbellineando. Su expresión sugería que estaba pariendo un puercoespín. Deety jadeó.

—Ya ha empezado.

Y echó a correr hacia el barullo. Yo prefiero mantenerme apartado de los barullos; soy un cobarde de profesión, y llevo falsas gafas de cero dioptrías como elemento de precaución. Cuando algún papanatas me grita: «¡Quítate las gafas!», eso me da tiempo para batirme en retirada.

Me dirigí en línea recta hacia el barullo.

Deety se había situado entre los dos hombres, haciendo frente al que había gritado, y estaba diciendo con voz baja pero enérgica:

—¡Pa, déjalo! ¡Te sacaré de aquí!

Estaba buscando las gafas de él, con la evidente intención de volver a ponérselas. Estaba claro que él se las había quitado para iniciar el combate; intentaba mantenerlas fuera del alcance de su hija.

Las alcancé por encima de sus cabezas, se las quité de las manos y se las tendí a Deety. Ella me dirigió una rápida sonrisa y se las puso de nuevo a su padre. Él se resignó y la dejó hacerlo. Entonces ella lo sujetó firmemente por el brazo.

—¡Tía Hilda!

Nuestra anfitriona convergió en el centro de la disputa.

—¿Sí, Deety? ¿Porqué los has detenido, querida? No nos has dado ni siquiera tiempo de hacer apuestas.

Las disputas no eran una novedad en las fiestas de «Lio-sa» Corners. La comida y el licor eran pródigos en su casa, la música siempre intensa; sus invitados eran a menudo excéntricos pero nunca estúpidos... La presencia de N. O. Brain me había sorprendido. Creí comprender de pronto: una planeada mezcla hipergólica.

Deety ignoró sus preguntas.

—¿Nos disculparás a Pa y a mí y al señor Carter? Ha surgido algo urgente.

—Tú y Jake podéis iros si queréis. Pero no puedes llevarte a Zebbie. Deety, eso es hacer trampa. Deety me miró.

—¿Puedo decírselo?

—¿Eh? ¡Por supuesto!

Aquel capullo de «Sesudo» eligió aquel momento para interrumpir.

—¡Señora Corners, el doctor Burroughs no puede irse de aquí hasta que se haya disculpado! Insisto. ¡Es mi derecho! —Nuestra anfitriona lo miró burlonamente.

—Merde, profesor. No soy uno de sus alumnos. Grítele directamente a Jake Burroughs si quiere. Si su sarta de inyectivas logra igualar a la suya, nos divertiremos escuchándola. Pero una sola palabra más que suene como una orden hacia mí o hacia alguno de mis invitados... ¡Y lo echo de aquí! Y entonces será mejor que se vaya directamente a casa; el Rector estará intentando comunicarse con usted. — Le dio la espalda—. Deety, ¿ibas a decir algo más?

«Liosa» Corners era capaz de intimidar a los agentes de Rentas Públicas. No se había soltado con «Sesudo»... Sólo le había cruzado la cara con una suave advertencia. Pero por la expresión que puso el hombre uno hubiera podido creer que lo había despellejado. De todos modos, la observación de Hilda a Deety no me dio tiempo de ver si había sufrido o no una apoplejía.

—No Deety, Hilda. Yo. Zeb.

—Tranquilo, Zebbie. Sea lo que sea, la respuesta es No. ¿Deety? Adelante, querida.

No hay persona más obstinada que Hilda Corners. No utilicé un bate de béisbol porque sólo me llega a las axilas y pesa cuarenta y algo kilos. La sujeté por los codos, la alcé y le hice dar la vuelta para que me mirara.

—Hilda, vamos a casarnos.

—¡Zebbie, encanto! Creí que no me lo pedirías nunca.

—No tú, vieja bruja. Deety. Yo se lo he propuesto, ella ha aceptado; voy a hacerlo antes de que pasen los efectos del anestésico. —Hilda parecía pensativamente interesada.

—Eso es razonable. —Estiró el cuello para mirar a Deety—. ¿Te habló ya de su esposa en Boston, Deety? ¿Y de los gemelos? —Volví a dejarla sobre los pies.

—Cállate, «Liosa»; esto es serio. Doctor Burroughs, soy soltero, gozo de buena salud, soy solvente, y capaz de mantener a una familia. Creo que esto merece su aprobación.

—Pa dice que sí —respondió Deety—. Me ha dado plenos poderes para decidir en su nombre.

—Tú cállate también. Mi nombre es Carter, señor... Zeb Carter. Pertenezco a la universidad; puede comprobar mi historial. Mi intención es casarme con Deety inmediatamente, si ella quiere.

—Conozco su nombre y su historial, señor. Y lo que pide no requiere mi aprobación; Deety es libre de tomar sus propias decisiones. Aunque la tiene de todos modos. —Parecía pensativo—. Si su intención es casarse inmediatamente, imagino que estarán demasiado ocupados como para hablar de nuestros asuntos. ¿O quizá no?

—Pa..., no molestes; todo está arreglado.

—¿Sí? Gracias, Hilda, por esta agradable velada. Te llamaré mañana.

—No harás tal cosa; vendrás directamente aquí y me facilitarás un informe completo.

Jake, no vas a ir a su luna de miel..., te lo advierto.

—¡Tía Hilda..., por favor! Puedo arreglarlo todo.

Salimos por la puerta lateral según los planes. En el aparcamiento hubo una vacilación: cuál trasto, el mío o el de ellos. El mío se supone que es para dos, pero puede llevar cuatro. Los asientos traseros pueden alojar a dos personas en viajes cortos. El de ellos era un familiar para cuatro pasajeros..., no lujoso pero sí amplio..., y su equipaje iba en él.

—¿Cuánto equipaje? —pregunté a Deety, mientras visualizaba dos abultadas maletas colocadas en un asiento trasero y mi suegro en perspectiva embutido en el otro.